



Vestido

PORTAVOZ DEL SINDICATO DE TRABAJADORES DE LA INDUSTRIA DEL VESTIDO

AÑO I.—Núm. 6

Madrid, jueves 1.º de julio de 1937

Precio: 15 cts.

¡La rápida fusión de los dos grandes Partidos obreros acelerará la victoria!

Tenemos que tener serenidad ante los reveses

En el número anterior saludamos al heroico pueblo vasco con un grito que es anhelo de ellos y nuestro, como conquista inapreciable de los pueblos oprimidos. Hoy Bilbao ha caído en manos del fascismo, habiéndose tenido que replegar nuestras fuerzas ante la superioridad de los medios mecánicos del enemigo, que en los últimos tiempos, y a pesar del control, había recibido un refuerzo extraordinario por parte del fascismo alemán e italiano. Ahora los agoreros de siempre querrán aprovecharse de esta circunstancia para babear contra nuestro querido Gobierno, tratando de presentar el hecho de Bilbao como consecuencia de una mala política de aquél, y así llevar el agua a su molino de ese pretendido ensayo de gobierno que tanto han machacado sobre él, sabiendo lo absurdo que en estas u otras circunstancias representa tal sistema.

¡Nosotros debemos desechar por todos los medios estas sugerencias y colocarnos una vez más al lado de nuestro Gobierno! La caída de Bilbao no debe servir nunca para atacar más o menos veladamente a aquellos hombres que gozan de nuestra confianza y han hecho todo lo posible por remediar una situación que no han sido ellos precisamente los que la han creado, sino actitudes pasadas que ahora comienzan a liquidarse con los esfuerzos del Gobierno.

¡Ha caído Bilbao, pero no Euzkadi! Los heroicos vascos siguen resistiendo en las líneas a las que han tenido que replegarse, y allí, convenientemente reorganizados, liquidados ciertos defectos que dificultan la victoria, se realizarán todos los objetivos fundamentales para conseguir la liberación absoluta del pueblo español y del pueblo vasco.

Nosotros, como organismo aglutinante de fuerzas productoras, tenemos que decir que el revés sufrido en el Norte no hace decaer nuestra moral. Ahora más que nunca tenemos que señalar nuestra completa identificación con el Gobierno, y ese hecho servirá para que en la medida de nuestro esfuerzo y en el trabajo que nos corresponde realizar intensifiquemos la producción de tal manera que sea capaz de cubrir todas las necesidades. Estudiemos la técnica de nuestra profesión para elevar el nivel de nuestras compañeras y crear los nuevos cuadros técnicos de la industria. Capacitémonos hasta el infinito estudiando todos los problemas de la producción y elevando ésta hasta el máximo. ¡Así es como debemos contestar los trabajadores al hecho de Bilbao! ¡Y pondremos todo nuestro esfuerzo por conseguirlo!

LA UNIDAD, POR ENCIMA DE TODO

Por Leopoldo DELGADO

La unidad es el anhelo de todos los trabajadores. Alrededor de esto se ha venido hablando desde hace ya muchísimo tiempo; pero ha pasado ya el momento de hablar para entrar en el terreno de los hechos. Hay un Comité de enlace entre los dos grandes partidos obreros, y creemos que la fusión se realizará en el más breve plazo posible. Lo exigen imperiosamente las circunstancias, y también porque es una aspiración de las masas trabajadoras, que con una visión clara del momento comprenden que es el ins-

tañe más necesario para llegar a la unidad. Además, que la creación de un Partido único y potente del proletariado nos traería, asimismo, la anhelada unidad sindical, cumpliéndose otro anhelo de los trabajadores, que luchan por la consigna de "un solo carnet político, un solo carnet sindical".

Nuestro Sindicato siempre ha planteado esto porque en nuestras masas del Vestido está arraigado profundamente el deseo de la unificación, que ya no la piden de una manera

Tenemos que mostrar nuestra disconformidad con ciertos procedimientos que están realizando miembros de organismos responsables que, precisamente por el cargo y la representación que ostentan, debían dar muestras de ponderación y serenidad. Cuando se representa a dos millones de trabajadores de distintas ideologías y militantes de diversos partidos políticos no se pueden tomar actitudes tan marcadas por determinada política, que será todo lo justa que ellos crean, pero que está tomando un carácter caciquil que repudia a todo aquel que sienta con verdadero interés la democracia sindical.

Esto, unido a ciertas «dimisiones» obligadas, nos hacen salir al paso de esa política personalista y caciquil. De persistir en esa actitud tendremos que señalar nuestra repulsa de una manera más convincente y más clara. Por ahora, nada más.

abstracta, sino de una manera concreta, pues la consideran de fundamental importancia. Hoy, la guerra pide imperiosamente la unión de todos, pues lo mismo que los combatientes han sabido, en trincheras y parapetos, prescindir de todo sectarismo, nosotros debemos comprender que la única manera de acabar con el fascismo es luchar cada vez más unidos, lo mismo en los frentes que en la retaguardia.

Para llegar a esta unidad es absolutamente imprescindible que pensemos que todos nuestros esfuerzos se deben encaminar a ganar la guerra. Y que exactamente como en el Ejército es necesario un solo mando que sea obedecido por todos, en esa unificación hay que sentar la base de que la máxima disciplina es la que fortalecerá esa unidad; no se dé el caso de que después de discutir profundamente un problema y tomado una resolución haya alguien que se crea relevado de ponerla en práctica y hacer lo que le venga en gana; de esta forma lo que se lograría era desorientar a las masas y que éstas perdieran su fe en la unificación. Quien tal cosa hiciera había que considerarle como traidor a la clase trabajadora y tratarle como se merecen los traidores. La unificación traería también una solución al problema de la creación de una potente industria de guerra. Nosotros, como Sindicato del Vestido, que jugamos un papel principalísimo desde el punto de confección de ropa y aseo del Ejército popular, debemos dar toda clase de facilidades y todo nuestro entusiasmo por esa rápida fusión, para que nuestra industria sea considerada oficialmente de guerra, para que el problema, tan agudo en la actualidad, de nuestra industria sea resuelto favorablemente en beneficio de todos. Nosotros vamos a la creación del Consejo Coordinador de la Industria por ser un organismo llamado a resolver en gran parte este problema, no sólo en lo que respecta a la confección de vestuario, sino también en lo que afecta al aseo y limpieza del combatiente. Un ejército limpio y bien vestido tiene una moral combativa superior. Nosotros, que tenemos dentro de nuestra organización a los camaradas de lavaderos mecánicos, sabemos lo agudo de su problema y de sus esfuerzos en pro de colocar éstos al servicio de la guerra.

Nosotros, desde los Consejos obreros, debemos popularizar el Consejo (Continúa en la página 3.ª)

TALLERES EN REPORTAJE

Los talleres de Zurbano, de la Sección Modistas

En un alegre palacio de la calle de Zurbano existen los talleres que nuestra Sección de Modistas organizó desde el principio del movimiento. Como vamos en compañía del fotógrafo, él se encargará de reflejar en las placas el ambiente de los talleres. Yo me encargo de hablar con una de las camaradas más antiguas del taller.

—El taller fué creado por diez o doce compañeras, que se dedicaron a confeccionar ropa para los niños de los huelguistas de la construcción. Pero llegó el movimiento militar-fascista, y entonces conseguimos que nos cedieran unas cuantas máquinas, y ya se ampliaron los talleres a cerca de sesenta modistas. Nuestra camarada Petra—presidenta de la Sección de Modistas—encontró este local, y aquí llevamos desde entonces.

—¿Qué organización disteis al trabajo?

—Al ampliar los talleres tuvimos que cambiar la estructura de la producción. Desde luego, la organización no es lo suficientemente perfecta todavía; pero los errores y defectos hemos ido liquidándolos sobre la marcha, y con la acertada dirección del Sindicato conseguiremos un taller modelo desde el punto de vista de organización y calidad de lo confeccionado.

—¿...?

—Hemos hecho de todo: ropa para hospitales, monos, canadienses, ropa interior, pantalones, pasamontañas. Esto, desde el punto de vista profesional, no era justo. Había una desorganización, en ese sentido, bastante grande. Por eso, al constituirse el Sindicato de la Industria—que vino precisamente a coordinar mejor toda la producción—se liquidó esta situación, que era de verdadero caos y que no beneficiaba en nada la calidad y el aumento de producción. Así, ahora las prendas que corresponden a los sastres las realizan ellos, y lo que corresponde a otras modalidades lo confeccio-

nan profesionales que por su práctica y especialización dan un mayor rendimiento. Nosotras nos dedicamos exclusivamente a la ropa blanca e interior. Así conseguimos una mejor organización y un aumento de la producción, cosa que en estos momentos es la mejor manera de ayudar a la guerra.

—Entonces, ¿estáis satisfechas con la constitución del Sindicato de Industria?

—¡Quién lo duda! Lo primero, porque no era justo que obreros de la misma industria estuviéramos desligados unos de otros; y lo segundo, porque, como he dicho antes, al fusionarnos en un Sindicato, todos aquellos errores del principio los hemos ido liquidando, al tener una orientación más eficaz. Ahora no tenemos que hacer otra cosa que especializar a las modistas de fantasía—que por la actual situación no trabajan—en ropa blanca. Pero antes hacíamos toda clase de ropa exterior, y los obstáculos eran grandísimos para conseguir una eficaz producción.

—¿Tenéis telas suficientes para trabajar con intensidad?

—Esa es la mayor dificultad. Si hubiera la suficiente materia prima, muchas compañeras que en la actualidad están paradas la organización podía acoplarlas al trabajo. Nosotras decimos, y todos los obreros del Sindicato, que si a Madrid viniera suficiente material y de una manera continua, seríamos capaces de abastecer todas las necesidades del Ejército del Centro.

Al principio estuvimos dos meses y medio trabajando sin cobrar nada; luego, la organización fué señalando la necesidad de cobrar el salario, puesto que se rendía para ello. Hicimos ropa para el regimiento Pasionaria, batallón Casa del Pueblo, voluntarios de Asturias, de Mangada, Milicias Ferroviarias. Luego, el Comité popular de Abastos centralizaba nuestro trabajo para distribuirlo

(Pasa a la página 4.ª)



Talleres de la Sección Modistas.



Talleres de la Sección Modistas.

¡ELEVATEMOS EN ALTO LA BANDERA DE LA UNIDAD!

NUESTRAS MUJERES EN EL CAMPO

¿Quién podrá saber exacto lo que la guerra hace decaer a los países? Pues no solamente es lo que se pierde en ella, sino lo que se gana. Por eso uno de los principales motivos que deben sostener la atención de los que no tenemos una parte activa en la guerra, sino que trabajamos en retaguardia, es la economía del Estado y la preparación de proyectos en el trabajo para después de la victoria. La economía del Estado se hace de muchas formas, y todos podemos cooperar a ella con suma facilidad. Por ejemplo, en tiempo normal habíamos de comprar alimentos españoles a extranjeros. Hoy no podemos decir esto; pero, sin embargo, los que trabajamos al pie de una máquina sabemos que esta máquina es extranjera, y que el Estado, cuando en los momentos de agitación cada uno escogía el arma que más iba con sus aspiraciones, no tuvo inconveniente en poner bajo nuestra custodia la máquina, de coser porque nosotros así lo deseábamos. Procuramos prendas y más prendas, que fueron a poner una barrera, cortar el frío o el calor para el bienestar y cariño de los que peleaban por nosotros en el frente. La máquina extranjera simplificó este trabajo. Por eso nos debemos pedir unas a otras cariño y cuidados para la máquina, aunque esto sea un poco raro, pedir cariño para una cosa que no tiene vida.

Pero no importa; a veces las cosas más pequeñas hacen explosiones más grandes. Todos conocemos cómo eran los oficios de nuestra vieja España, pero hay algo en que los nobles no repararon, quizá por creerlo demasiado pequeño. Por ejemplo, aquel pastor que a pesar de sus pocos años se ponía gozoso cuando llevaba el cordero recién nacido sobre sus hombros para que no se dañara sus patas con los riscos, sentía por primera vez la rebeldía de creerle suyo porque él había cuidado de su madre y le había ayudado a nacer. El labrador que se clavaba las uñas en las manos al ver que el trigo se agostaba por no llover.

Así, uno tras otro, se podrían enumerar, pues, todos los trabajos, ya que existe un instante en que llegamos a adorar lo que nosotros mismos creamos. Este es el cariño que debemos buscar para la máquina: que su cuidado esté por encima del de nosotros mismas.

Admiramos diariamente la obra social de Rusia, sus campos de trabajo, las anchas avenidas y las enormes fábricas; pero allí no existe más que una palabra, «nuestro», en cada una de estas cosas. Cada cual vive poniendo un grano de arena, su voluntad y su fuerza para hoy no saber decir más que eso: «nuestro».

A nosotros todavía no nos ha pedido el Estado nuestro concurso para el gran trabajo que hoy que realizamos, tan sólo puso en nuestras manos, como vías de preparación, esas máquinas, que un día no lejano debemos volver a entregarle orgullosos, diciéndole: «¡Ahí tienes las heroínas que ayudaron a la guerra! ¡O sea las volvemos a entregar en el mejor estado de conservación. Y conste que pedimos para ellas la medalla de la República, pues bien merecida la tienen, aunque gracias a nuestros cuidados no tengan necesidad ni por un día de pasar al Cuerpo de Inválidos».

Felisa ASEÑO

MADRID HEROICO

Siete meses hace que el fascismo traidor está a las puertas de Madrid, siete meses que han transcurrido muy de prisa; pero en esos doscientos diez días nuestras bravas Milicias han convertido las afueras de Madrid invencible en un cementerio mucho más grande que el del Este; ya no hay moros, y de la canal de los legionarios son muy escasos los que quedan; alemanes e italianos caer a cientos, resadamente a compartir con nosotros bajo el certero fuego de nuestras Milicias, y ahora el degenerado Franco (Hitler y Mussolini) que le manden nuevos contingentes de hombres y algo de material de guerra, ya que son pocos los que le quedan. Los requetés y falangistas han sufrido un descalabro enorme, como el que jamás llegaron a imaginarse los miles de moros y los asesinos del Tercio, que él trajo a España; desde que desembarcaron y se ponían al alcance de los fusiles de nuestras bravas Milicias, hoy Ejército popular, regaban con su inmundicia y ponzoñosa sangre la tierra de España.

Claro está que el traidor Franco y todos sus cobardes aliados, cuando se levantaron en armas contra el pueblo honrado y trabajador, el 19 de julio, creyeron que toda la clase trabajadora se acobardaría y se metería en sus cuevas, como los conejos se acobardan de España, y una vez con Hitler y Mussolini para que hicieran una colonia alemana, bajo una bandera extranjera. Entonces, camaradas, habíamnos llegado a la miseria. ¿Que sería de nosotros, la clase trabajadora? Y eso no puede ser; nosotros los españoles no podríamos ser unos esclavos del fascismo internacional: lo demostramos claramente en las elecciones del glorioso 16 de febrero, triunfando legalmente en las urnas, por las masas obreras, el que es hoy nuestro Gobierno, el Gobierno del Frente Popular, el Gobierno de la República democrática y el Gobierno de la victoria; y por la bandera del Frente Popular es por la que estamos

sin meterse en política, se veían imposibilitados de realizar todas sus aspiraciones deportivas. Y cerraron filas en las juventudes políticas hasta llegar a la actual situación, en que la Alianza de las Juventudes permite desarrollar un amplio y potente movimiento juvenil, capaz, de conseguir todos sus anhelos y reivindicaciones.

Hoy los jóvenes no van al campo a divertirse y sin ningún anhelo político. El 18 de julio ha contribuido a elevar el nivel político de la juventud, y hoy van al campo a ayudar a los campesinos. El domingo, nuestras compañeras de Columela, en las que había un gran número de jóvenes, se movilizaron para ir a esparcir una prenda apropiada para ir al campo, más cómoda que las faldas.

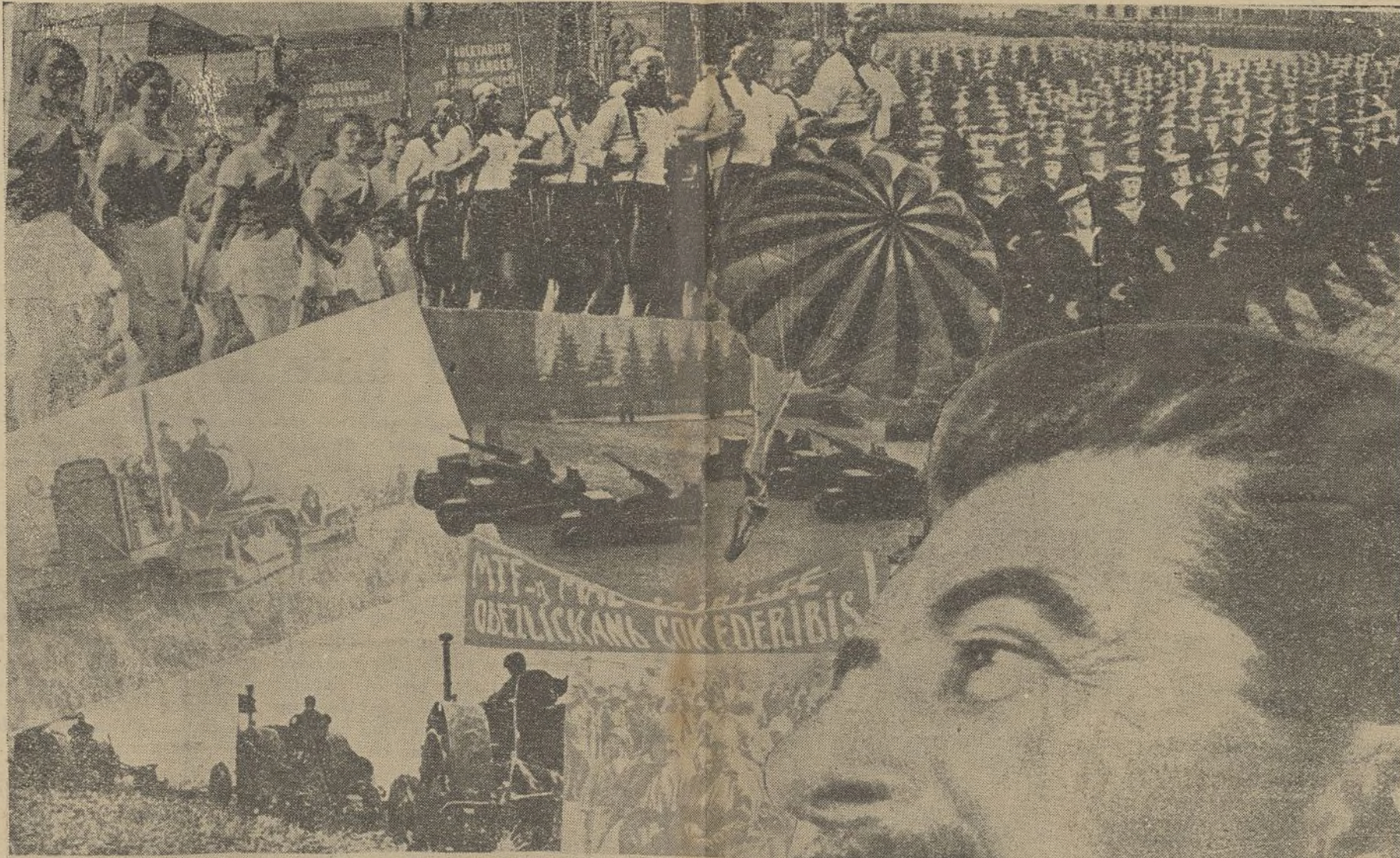
Pero la conjuntura económica del país no aceptaba todavía aquellos hechos. El cambio del sistema político del 14 de Abril no había cambiado más que en lo externo, sin haber llegado a profundizar en las raíces económicas, que seguían sostenidas por la más negra reacción y por sus seculares mantenedores.

Lógicamente, la situación estaba en contra de la juventud, puesto que ésta, sin arrancar el privilegio económico de sus detentadores, no podía, en realidad, considerarse libre ni realizar todas sus aspiraciones de bienestar y cultura.

Pero llegaron las elecciones de noviembre, y la reacción fué asestando golpes a las pequeñas iniciativas de la juventud, e incluso llegó a prohibir sus exteriorizaciones deportivas y culturales, aunque no tuvieran carácter político. El decreto de Salazar Alonso no sólo prohibía el movimiento deportivo de la Juventud Comunista y el de Salud y Cultura, que lo controlaban las Juventudes Socialistas, sino toda aquella manifestación juvenil que se consideraba apolítica y miraba con recelo a los jóvenes políticos que daban tal cariz al movimiento de la juventud. Aquel decreto hizo abrir los ojos de aquellos jóvenes que,

“Las chicas de Columela todas vienen de espigar para que a los combatientes no les falte nunca el pan, no les falte nunca el pan...”

R.



“Liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es un asunto privativo de los españoles, sino la causa común de toda la Humanidad avanzada y progresiva.”

STALIN



Conocemos algunos Consejos

obrero (tan revolucionarios), que han creído que la revolución era desplazar de los puestos de dirección a los burgueses para colocarse ellos y seguir disfrutando de los mismos privilegios de que gozaban los ventrudos parásitos del capitalismo.

Por contra, conocemos a muchos camaradas que suponen que por el hecho de que hayan desaparecido los patronos, nadie les puede obligar a trabajar con la intensidad con que estaban acostumbrados a hacerlo antes.

A unos y a otros tenemos que

ALFILERAZOS

hacerles una advertencia: Que mediten bien sobre las consecuencias que pueda acarrearles su actitud.

Si con ningún sistema de gobierno ni en ningunas circunstancias son permisibles semejantes conductas, en los actuales momentos, en que nuestra patria tiene que enfrentarse con la grave situación creada por la invasión hitleriana, al que procede de tal forma hay que considerarle como traidor a la patria y, en su consecuencia, deben aplicársele

las máximas sanciones a que es acreedor.

Hay muchas maneras de hacer el juego al enemigo; por ejemplo, hablando mal de otros compañeros.

Esto, que a primera vista parece que no tiene importancia, es uno de los procedimientos que emplean los trotskistas para desunir a los trabajadores.

No hay cosa que desmorale más que en un taller, fábrica o lugar de trabajo surjan desavenencias entre compañeros que tienen que convivir juntos.

Las querellas entre compañeros terminan indefectiblemente generalizándose e imposibilitando la convivencia, y en su consecuencia van en detrimento de la producción y de la buena marcha del trabajo.

El compañero que honradamente tenga que exponer alguna queja sobre otro compañero, debe hacerlo por medios lícitos y dirigiéndose a los organismos adecuados. El que así no lo haga y se dedique a «despellear» por la espalda, debe ser considerado como faccioso y como tal castigado.

LA VIDA EN EL CAMPO ENEMIGO EN EL CUARTEL GENERAL DE SALAMANCA

Publicamos hoy un importante relato del gran periodista francés, ya conocido por nuestros camaradas, Juan Alouche, que durante bastante tiempo, y con gran peligro de su vida, estuvo en la España facciosa, de la que ha traído un recuerdo terrible, como en sus artículos señala:

«Por fin había entrado en la España rebelde. El primer paso siempre es el más difícil. Y puesto que el Estado Mayor no era muy severo con los salvosconductos ni con los Cadillacs oficiales, yo hubiera cometido una gran torpeza en no aprovecharme de ello.

Quedaban por salvar, naturalmente, la Policía, las diversas oficinas de Prensa, menos completas y más curiosas, y, sobre todo, el famoso capitán Bolín, jefe de la propaganda fascista en Salamanca y encarcelador de periodistas. Desde que mi presencia le fué señalada, el digno capitán debía preguntarse extrañado por qué razones evitaba yo el encontrarle, y por constantes recados cumplidos me invitaba a unirme cuanto antes a las caravanas de los «acreditados» o, si se prefiere, a amanuenses y limpiabotas de von Franco.

El tenía que leer mis artículos—decía—para convencerse de mi lealtad y de otras cosas por el estilo. Qué hombre más exigente! Bien informado de los lugares adonde se desplazaba, yo escogía siempre un camino opuesto al suyo. Y así, el 10 de febrero último, sabiendo que él se disponía a bajar del frente de Madrid hacia el del Sur hacia Motril, al frente de una docena de dóciles alumnos, yo abandoné Sevilla y sus delicias con dirección a Salamanca.

Las carreteras de extrema dureza rebozaban camiones alemanes.

Nuestros coches debieron cruzarse, probablemente, en Cáceres. Pero yo «navegaba» en un Arm (automóvil rápido militar) y, como correo, delante del cual flotaba la insignia del gran cuartel general, y, prácticamente, no era sospechoso.

En la carretera, a la entrada y a la salida de cada pueblo, los puestos de requetés o de falangistas encargados de la comprobación de los salvosconductos se cuidaban mucho de no parar a un Arm, y nos presentaban armas al chófer y a mí. Viajar en estas condiciones no era nada desagradable.

Pero el conductor no participaba de mi entusiasmo. En la carretera, estrecha y desfondada, una larga fila de camiones pesados semi-Diesel subía lentamente al Norte. Pasarlos era, con frecuencia, una verdadera hazaña.

Unos venían de Cádiz; otros, de Badajoz y de Lisboa. Imposible saber más. Una vez más mi desconocimiento de las lenguas extranjeras me jugaba una mala pasada. Al sur de Sevilla, donde hace falta saber italiano, yo había fracasado en un intento de primer orden. Más arriba de Cáceres hace falta conocer alemán, y se me escapaban las confidencias, quizá preciosas, de estos carabineros rubios con uniforme caqui, con el estorbo enorme, en la cintura, de una pistola Parabellum de respetables dimensiones.

Sobre la plataforma de los semi-Diesel se amontonaban los más variados cargamentos: cajas de misiles, de cartuchos, de granadas. Cajas de ametralladoras y obuses, cañones ligeros de montaña, motores de avión, obuses en piezas sueltas, silecadores blindados, cascos de acero, mantas de lana, víveres en conserva, material de ambulancias. Todo flamante y nuevo, con la inscripción «Made in Germany».

A la salida de Plasencia los convoyes se dispersaron un poco. Unos continuaron embottellados en la carretera de Salamanca, mientras otros torcían a la derecha, en dirección a Talavera del Tago o Toledo.

Era una suerte para ellos que ningún avión republicano se encontrara por aquellos parajes; no los escoltaba para defenderlos, la memoria ametralladora. Una sola bomba, y toneladas de explosivos y de armas hubiesen saltado por el aire. Los militares «allados» quedados de von Franco comentaban a veces tales imprudencias.

EN SALAMANCA, BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ GAMAÑA

Llegué a Salamanca cuando caía la

noche, después de diez horas de viaje. El viento soplabá huracanado, y en la ciudad no brillaban más que algunas luces aisladas.

En el Gran Hotel, ni una sola habitación libre. Todo estaba requisado en beneficio de los oficiales «allados». Apenas se permitía a los periodistas extranjeros que hicieran la comida. Yo acabé por acomodarme en una casa particular, en la que por diez pesetas me permitían, por pura generosidad, pasar allí la noche. Pero fui advertido de que, para evitar toda molestia a mis hoteleros y a mi mismo, debía ir inmediatamente a presentarme a la Policía.

Me fui, por tanto, inmediatamente a visitar a los señores de la Seguridad. Se habían acabado las horas felices del Arm y de los saludos falangistas. En la población donde reside von Franco es peligroso andar por la calle a horas avanzadas.

Yo era francés, posiblemente enemigo; quizá estuviese conjurado para algún atentado. Acaso mereciera los honores de una tumba inmediata. Sin mis salvosconductos militares no me habría librado de un arresto preventivo. Se me dejó libre, pero no sin confiscarme provisionalmente mi pasaporte y advertirme gentilmente que no se me perdería de vista.

Con esta acogida tan favorable, mi apetito se despertó y me fui a comer al Gran Hotel. Caí en el momento de la comida de los oficiales germanos.

En un comedor inmenso, y desde luego suntuoso, con los muros cubiertos de estandartes rojos con la cruz gamada, los oficiales «voluntarios» de la Reichswehr, estrididos e insolentes, con mocinillos y espuelas, comían en mesas independientes. Muchos de ellos debían tener una gran categoría, a juzgar por las estrellas de sus bocanangas. Algunos llevaban en el cuello un gran escudo azul, insignia del Estado Mayor «nacionalista».

Algunos militares rebeldes, muy pocos, estaban relegados cerca de las cocinas y, desde luego, desplazados de este ambiente extranjero.

Los camareros, también con el uniforme negro de los falangistas, incluídos el correo, circulaban militarmente, no omitiendo juntar los talones cuando se paraban frente a una mesa.

En medio de la sala, llena de flores, permanecía desierta una mesa de honor. Pero no por mucho tiempo. Pronto, cedido por dos damas en traje de noche y acompañado de dos oficiales, uno español y otro alemán, un admirable emisario de von Papen acababa de entrar en el comedor. Como movidos por un resorte mágico, los doscientos camareros del Gran Hotel se levantaron y saludaron al estilo nazi. Y entonando por doscientas gargantas se oyó, con frecuencia, una verdadera hazaña.

Unos venían de Cádiz; otros, de Badajoz y de Lisboa. Imposible saber más. Una vez más mi desconocimiento de las lenguas extranjeras me jugaba una mala pasada. Al sur de Sevilla, donde hace falta saber italiano, yo había fracasado en un intento de primer orden. Más arriba de Cáceres hace falta conocer alemán, y se me escapaban las confidencias, quizá preciosas, de estos carabineros rubios con uniforme caqui, con el estorbo enorme, en la cintura, de una pistola Parabellum de respetables dimensiones.

Sobre la plataforma de los semi-Diesel se amontonaban los más variados cargamentos: cajas de misiles, de cartuchos, de granadas. Cajas de ametralladoras y obuses, cañones ligeros de montaña, motores de avión, obuses en piezas sueltas, silecadores blindados, cascos de acero, mantas de lana, víveres en conserva, material de ambulancias. Todo flamante y nuevo, con la inscripción «Made in Germany».

A la salida de Plasencia los convoyes se dispersaron un poco. Unos continuaron embottellados en la carretera de Salamanca, mientras otros torcían a la derecha, en dirección a Talavera del Tago o Toledo.

Era una suerte para ellos que ningún avión republicano se encontrara por aquellos parajes; no los escoltaba para defenderlos, la memoria ametralladora. Una sola bomba, y toneladas de explosivos y de armas hubiesen saltado por el aire. Los militares «allados» quedados de von Franco comentaban a veces tales imprudencias.

EN SALAMANCA, BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ GAMAÑA

Llegué a Salamanca cuando caía la

noche, después de diez horas de viaje. El viento soplabá huracanado, y en la ciudad no brillaban más que algunas luces aisladas.

En el Gran Hotel, ni una sola habitación libre. Todo estaba requisado en beneficio de los oficiales «allados». Apenas se permitía a los periodistas extranjeros que hicieran la comida. Yo acabé por acomodarme en una casa particular, en la que por diez pesetas me permitían, por pura generosidad, pasar allí la noche. Pero fui advertido de que, para evitar toda molestia a mis hoteleros y a mi mismo, debía ir inmediatamente a presentarme a la Policía.

Me fui, por tanto, inmediatamente a visitar a los señores de la Seguridad. Se habían acabado las horas felices del Arm y de los saludos falangistas. En la población donde reside von Franco es peligroso andar por la calle a horas avanzadas.

Yo era francés, posiblemente enemigo; quizá estuviese conjurado para algún atentado. Acaso mereciera los honores de una tumba inmediata. Sin mis salvosconductos militares no me habría librado de un arresto preventivo. Se me dejó libre, pero no sin confiscarme provisionalmente mi pasaporte y advertirme gentilmente que no se me perdería de vista.

Con esta acogida tan favorable, mi apetito se despertó y me fui a comer al Gran Hotel. Caí en el momento de la comida de los oficiales germanos.

En un comedor inmenso, y desde luego suntuoso, con los muros cubiertos de estandartes rojos con la cruz gamada, los oficiales «voluntarios» de la Reichswehr, estrididos e insolentes, con mocinillos y espuelas, comían en mesas independientes. Muchos de ellos debían tener una gran categoría, a juzgar por las estrellas de sus bocanangas. Algunos llevaban en el cuello un gran escudo azul, insignia del Estado Mayor «nacionalista».

Algunos militares rebeldes, muy pocos, estaban relegados cerca de las cocinas y, desde luego, desplazados de este ambiente extranjero.

Los camareros, también con el uniforme negro de los falangistas, incluídos el correo, circulaban militarmente, no omitiendo juntar los talones cuando se paraban frente a una mesa.

En medio de la sala, llena de flores, permanecía desierta una mesa de honor. Pero no por mucho tiempo. Pronto, cedido por dos damas en traje de noche y acompañado de dos oficiales, uno español y otro alemán, un admirable emisario de von Papen acababa de entrar en el comedor. Como movidos por un resorte mágico, los doscientos camareros del Gran Hotel se levantaron y saludaron al estilo nazi. Y entonando por doscientas gargantas se oyó, con frecuencia, una verdadera hazaña.

Unos venían de Cádiz; otros, de Badajoz y de Lisboa. Imposible saber más. Una vez más mi desconocimiento de las lenguas extranjeras me jugaba una mala pasada. Al sur de Sevilla, donde hace falta saber italiano, yo había fracasado en un intento de primer orden. Más arriba de Cáceres hace falta conocer alemán, y se me escapaban las confidencias, quizá preciosas, de estos carabineros rubios con uniforme caqui, con el estorbo enorme, en la cintura, de una pistola Parabellum de respetables dimensiones.

Sobre la plataforma de los semi-Diesel se amontonaban los más variados cargamentos: cajas de misiles, de cartuchos, de granadas. Cajas de ametralladoras y obuses, cañones ligeros de montaña, motores de avión, obuses en piezas sueltas, silecadores blindados, cascos de acero, mantas de lana, víveres en conserva, material de ambulancias. Todo flamante y nuevo, con la inscripción «Made in Germany».

A la salida de Plasencia los convoyes se dispersaron un poco. Unos continuaron embottellados en la carretera de Salamanca, mientras otros torcían a la derecha, en dirección a Talavera del Tago o Toledo.

Era una suerte para ellos que ningún avión republicano se encontrara por aquellos parajes; no los escoltaba para defenderlos, la memoria ametralladora. Una sola bomba, y toneladas de explosivos y de armas hubiesen saltado por el aire. Los militares «allados» quedados de von Franco comentaban a veces tales imprudencias.

EN SALAMANCA, BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ GAMAÑA

Llegué a Salamanca cuando caía la

La unidad por encima de todo

(Viene de la página 1.)

Coordinador y darle el máximo impulso. También tenemos que aportar nuestro esfuerzo económico. Todos

unidos debemos ayudar al desenvolvimiento de este organismo, prescindiendo de egoísmos absurdos y procurando acelerar con nuestro esfuerzo la victoria. Para esto no debemos regatear un céntimo, y los camaradas de los Consejos obreros deben pensar que el dinero no hace nada de las cajas, y empleándolo en materias para a su vez construir, no sólo proporcionará un bienestar a los combatientes, sino que, a su vez, ayudará a fomentar la propia economía de las fábricas, porque todos sabemos que hoy, a pesar de contar estas cosas con un capital, se ven imposibilitados de adquirir primeras materias, cuando por medio del Consejo de Coordinación no sólo las van a tener, sino que, a su vez, van a realizar un trabajo que va a ser muy útil para la causa que defendemos.

Jean ALOUCHE.

UN FESTIVAL

Para una fecha próxima prepara nuestro Sindicato, con la Asociación de Amigos de la U. R. S. S., un mitin-festival donde distintos representantes de los trabajadores madrileños en las fiestas de Octubre dirigirán la palabra para explicarnos sus impresiones sobre la Unión Soviética.

No estamos conformes con que ciertos organismos responsables realicen actos que caen en procedimientos de dictadura

Ayuntamiento de Madrid



Vestidos

La unidad de acción de la clase obrera internacional contra el enemigo común, contra el enemigo mortal de toda la Humanidad, contra el fascismo, es la tarea fundamental, inaplazable de las organizaciones obreras en todo el mundo, el deber imperativo y supremo de los momentos actuales.

Dimitroff.



Talleres de la Sección Modistas.

LAS MUJERES EN LA PRODUCCION

por F. SANCHEZ SIERRA

Mucho se ha hablado en toda la España leal si las MUJERES deben, si tienen o no tienen derecho o derechos como los hombres; y concretamente, en nuestra industria de TINTORERIA Y QUITAMANCHAS Y SIMILARES todavía hay muchos de estos pobres de espíritu que creen que las MUJERES son seres inferiores a los hombres; y es precisamente por lo que yo me atrevo a escribir estas cuatro letras, para que sirvan de orientación a todos aquellos que todavía así piensan con respecto a nuestras compañeras. Si estas objeciones van basadas en que las características de nuestra industria no reúnen unas condiciones para someter a prueba si una mujer sería capaz de realizar el mismo trabajo que un hombre, tal vez no llegaría a realizarlo, porque todos sabemos que la técnica de la TINTORERIA, como la de QUITAMANCHAS, es obra de una constancia de muchos años y no se adquiere en un día, y ninguna compañera de nuestra industria está en estas condiciones; pero no podemos decir que ellas no serían capaces de realizar los mismos trabajos que nosotros hacemos.

Pero ¿es que nosotros dudamos del entusiasmo de estas compañeras, que llegan al taller y se ponen a trabajar en una mesa de plancha o en otro trabajo análogo, y que en muchos casos terminan con las piernas hinchadas por permanecer tanto tiempo de pie?

Es necesario que todos estos que opinan de esta manera, "que si tienen o no derecho las MUJERES", se pregunten a sí mismos si ellos serían capaces de resistir tanto y dar el mismo rendimiento en el acabado de prendas.

Y ahora vamos a lo que más interesa en estos momentos. ¿Han sabido los hombres de nuestra industria

responder a las necesidades de la guerra? Algunos, muy pocos por desgracia; porque no creo que sea una novedad para ninguno que ha habido muchos que, aun estando en formidables condiciones de empuñar un fusil para defender sus talleres, y en general la democracia y la libertad de España, siguen dentro de los talleres, como si la guerra nada tuviese que ver con ellos, y lo que más vergonzoso es, que no son los primeros que, comprendidos en las "quintas movilizadas", se valen de este medio o del otro para permanecer emboscados en la retaguardia, y es ahora cuando ellos no quieren reconocer que hay un puñado de hombres, algunos viejos en años, pero jóvenes en espíritu y cargados de hijos, que sufren las inclemencias del tiempo y los malos ratos de las trincheras, esperando que nosotros reconozcamos que ellos también tienen derecho a no estar allí, mientras hay muchos más jóvenes en los talleres sin pensar en salir.

¿Ha ocurrido esto con las MUJERES? No. Yo he podido comprobar que dentro de nuestro Sindicato han sido las que más se han interesado por los problemas de la guerra, y, a pesar de las pocas orientaciones que se les han dado, han sabido ser un puntal firme para todo lo que ha estado a su alcance para unir los lazos de la vanguardia con la retaguardia, visitando todos aquellos frentes que han podido, con objeto de llevar la mayor expresión de alegría a nuestros combatientes.

Cuando se militarizaron las dos mayores fábricas de la industria para dedicarse a hacer trabajo de guerra, espontáneamente surgieron las BRIGADAS DE CHOQUE, formadas por nuestras compañeras para aumentar la producción, y, hemos de señalarlo, consiguieron resultados satisfactorios. Mientras esto hacían las com-

CONSEJOS OBREROS

Por JOSE MERINO

La guerra nos plantea un nuevo concepto en la dirección de las industrias. En un principio, cada uno los interpretó según su criterio, y en muy raros casos en su justa medida. ¿Por incapacidad? No; por desconocimiento y no estar preparados en el papel que tenían que desempeñar. En su mayor parte asumieron la dirección total de la casa, que si bien donde no estaba el dueño o había sido declarado fascista así tenía que ser, en otras donde existían también se siguió el mismo procedimiento, lo que originó un desorden en el que nadie se entendía, no sabiendo a qué atenerse, si eran Consejos o Controles, pues todos obraban de la misma forma, hasta que ya fueron delimitándose las funciones de unos y otros con las normas que marcaban los Sindicatos, y últimamente con las disposiciones del ministro de Industria y Comercio, que bien claramente determina las funciones de unos y otros.

Cuando existe incautación, según los decretos dictados por el Gobierno, en este caso encaja el Consejo Obrero, el que asume toda la dirección y responsabilidad del negocio, siempre que sea nombrado por los obreros de la casa en asamblea celebrada a este objeto; la actuación de estos Consejos de ninguna manera puede ser aislada: tienen que tener una estrecha relación con los Sindicatos para que éstos no ejerzan la dirección, pero si orientarlos en la marcha sobre un contenido políticoeconómico que los momentos actuales nos imponen; dejando esta orientación, será a través de las secciones sindicales, elegidas también por los obreros de las casas, las que trasladen los acuerdos del Sindicato a los lugares del trabajo, o sea el Sindicato en los lugares de trabajo representado por estas secciones sindicales.

También los Consejos Obreros tienen que tener una estrecha relación con los obreros de la casa, celebrando asambleas en donde se planteen y discutan todos los proyectos y situación económica de la misma, pudiendo intervenir to-

(Continúa en la página 2.ª)

pañeras, los hombres discutían si debían o no pasar a hacer trabajos de guerra, porque no veían más que estaban en plena temporada y tal vez salieran perjudicados haciendo este trabajo de los combatientes.

¿Es que hay camaradas tan ciegos que no ven todavía cómo han desperdiciado nuestras compañeras y cómo se interesan por todos los problemas sindicales? Para nosotros, nada más que una tarea: orientarlas para hacer de nuestras MUJERES verdaderas compañeras que sean capaces de ayudarnos en la construcción de la nueva sociedad, donde encontrarán una legislación que les dé iguales derechos que a los hombres, y con esta legislación van a ser ellas mismas las que van a demostrarnos que no sólo son capaces de igualarnos, sino que en muchos casos sabrán superarnos.

Felipe SANCHEZ SIERRA

Los talleres de Zurbano, de la Sección Modistas

(Viene de la página 1.ª)

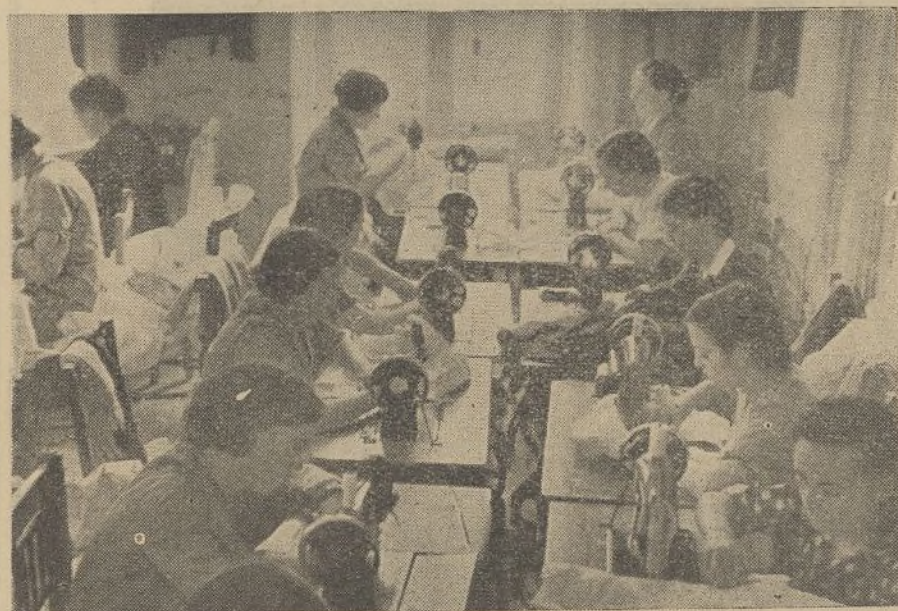
de una manera directa. Y cuando el Gobierno creó la Junta de Compras nos pusimos inmediatamente a sus órdenes y continuamos trabajando para allí. Las Milicias iban transformándose ya en Ejército popular, y nosotras, como deber nuestro, teníamos también que transformar nuestra manera de entregar la confección al organismo que correspondía.

—¿Qué producción realizáis?
—Somos ochenta muchachas y habrá una sesenta máquinas.

voy a hablar como muchacha, y aunque me llames cursi, te diré que esto es como los noviazgos. Si al cierto tiempo de relaciones el novio «no se explica», perdemos toda esperanza y nos tiramos años y años esperando que se decida. Que la necesidad de dicha fusión no se pierda en largas relaciones. ¡Los novios ya se conocen bien, pues a casarse!

Y la camarada ha reído alegremente por su ingenio en la comparación.

—¡Ahora en serio! No dudes



Realizamos cerca de trescientas prendas diarias. Sabemos que no es bastante; hay ciertos defectos todavía que hasta que no se liquiden no harán aumentar el rendimiento. Desde que se ha formado el taller hemos confeccionado cerca de sesenta mil prendas. Esto no es bastante; todavía no hay la suficiente disciplina en el taller, ni todas las compañeras se dan cuenta de que en los actuales momentos pensar en otras cosas que aumentar y mejorar la producción es un crimen contra nuestros propios hermanos que combaten. Nosotras somos unas combatientes más, y como tales, tenemos que tomar ejemplo de ellos. No comprender esto y persistir en esta incomprensión se hace merecedor de salir de Madrid para Levante. Aquí, en Madrid, la mujer, o trabaja como un soldado más, o debe evacuarse.

—¿Qué opinas de la unificación política del proletariado?

—Que es muy necesaria. Y urgente. Creo que ya nos conocemos todos y, por tanto, no debe demorarse su fusión. Ahora te

que la fusión rápida de los dos partidos zanjará muchos problemas y marcará un paso decisivo para conseguir todo aquello que deseamos. Aquí, todas las compañeras te dirán lo mismo. Ahora los dirigentes de los partidos deben poner manos en la obra y que se sientan verdaderos «stajanovistas» de la fusión.

Relación de lo recaudado el 14 de abril, del día de salario para Hospitales de Sangre

ULTIMA LISTA

Recaudado por la Sección de Modistas	1.030,35
Recaudado por la Sección de Gorreros:	
Casa Martínez	13,00
Idem Villaverde	31,50
La Imperial	68,75
Fábrica Martín Obiols	59,50
Control de C. Calleja	109,00
Idem de La Burgalesa	116,75
Idem Casa Yustas	76,50
Casa Felipe Alcaraz	16,25
La Casualidad	65,50
Control de V. de Diego	81,50
Manufacturas Valle	106,75
Total	743,00

no te iguales con CALIXTA STAJANOVISTA



Porque es guapa y bien plantada, en todo el día hace nada.



Da rienda suelta a su mente y se le marcha la gente.



Se entera la responsable y la arma un broncazo espantable.



Y aunque prometió enmendarse, sigue pensando en casarse.